



Seix Barral

Lorrie Moore

Si este no es mi hogar,
no tengo un hogar





Seix Barral Biblioteca Formentor

Lorrie Moore

Si este no es mi hogar,
no tengo un hogar

Traducción del inglés por
Albert Fuentes

Queridísima hermana:

La luna ha surcado el cielo y ni siquiera sé qué son las Pléyades, pero me da igual, porque por fin puedo sentarme sola en la oscuridad junto a la lámpara, fiel a mí misma, después de brindar por la jornada en el momento perfecto, y hablar contigo. Qué paz tener la casa tranquila. Fuera, creo que se oye berrear al ciervo. En las trampas, las alimañas de ojos pasmados ya se han cansado de gemir, y los chotacabras silban sus melodías montaraces. Puedo dejar de fingir por un momento que me ocupo de mis cuentas en el *cartonnier* del escritorio. El huésped que muestra interés en redimirme de mi soltería ha subido a su cuarto, pasando el bastón por los balaustres de la escalera, solo para crear un poco de tensión. Ahora, arriba, oigo crujir los tablones del suelo cuando va y vuelve de la jofaina. Le tengo cierto cariño, aunque no es un cariño aprovechable para el matrimonio. No imagino qué puede ofrecerme en ese aspecto, pese a que me tiene impresionada

con la cantidad de fragmentos de Shakespeare y Byron que se sabe de memoria y sus imitaciones siniestramente atinadas de los demás huéspedes: Priscilla, la cuáquera rolliza, trágicamente enloquecida de amor; Miriam, con su laringitis y su vestido de luto de viuda confederada (en el pueblo se han agotado las existencias de esa seda negra que adelgaza y hay que reemplazarla con una tela azul oscuro no muy adecuada porque es del color de los uniformes de la Unión), o Mick, un indio chickasaw, con sus largos años de soltería a costas, que lleva un ala entera de halcón prendida a su impenitente sombrero de vaquero.

Gallardo como un pinzón, el apuesto huésped también sabe recitar los desconcertantes poemas de Felicia Hemans, uno de los cuales tiene por protagonista a una virtuosa mujer que es raptada de su hogar por unos piratas. Madre del amor hermoso, sujétame. Tiene el bigote negro y espeso como las púas de una escoba y las palabras le salen volando por debajo como si las declamara un actor en un teatro en llamas. Guarda en el armario un curioso baúl lleno de disfraces: calzas de algodón, calzas de lana, un asombroso surtido de calzas, algunas pelucas que peina y se pone para alegría de propios y extraños, e incluso un relleno para disfrazarse de jorobado. Es perturbador verlo representar el papel y luego ver cómo deja caer el relleno al suelo. No me imagino cómo puede ser capaz de librar un vibrante duelo a espada llevan-

do una de esas pelucas. Si no me río, lo guarda todo en el baúl. Dice que tiene miedo escénico en todas partes salvo cuando sale al escenario. Dice que me ayudará a construir unas tablas en el lateral de la casa si tengo a bien meterme en el perverso mundo del espectáculo e infundir gran solaz en los corazones de los hombres sencillos.

—No le quepa duda de que lo pensaré —le digo yo, y sigo con mis tareas.

—Pero, señorita Libby, llamándose Elizabeth, debería familiarizarse con el mundo isabelino.

—Cómo iba a saberlo.

—Tendré mucho gusto en desconocerlos. —Es un atrevido.

Pero también pasa por estrecheces y no me viene en gana cargar con ellas, aunque la verdad es que siempre se presenta como un pincel: apuesto como lo son los conejos y los zorros, con su pelaje plateado de distintos colores; unas patillas de boca de hacha, con pomada, que, según dice, sirven para esconder la cicatriz de una dentellada que le pegó su caballo de infancia, Cola. Es cautivador ver cómo las patillas se le llenan de nieve en enero, aunque es cojo; hay quien diría que su cojera es *imperceptible*, pero eso lleva la mentira incorporada, así que no lo digo porque no se me da bien mentir. Un pie de corcho gentileza de un secesionista, según me dijo. Puso el pie de carne y hueso en una vitrina y lo donó a un Museo Médico del Ejército de la Causa Perdida, me dijo. A veces se pasa a decirle hola.

Bueno, todo el mundo se puso muy guapo para esa causa, eso es lo que no le respondo, capas burdeos y plumas de avestruz, como si fueran actores de teatro, cuando deberían haber sabido que las causas tienen motivos que se pierden solos. El porrazo no tarda en llegar, como han declarado otras personas, y las aventuras juveniles no conocen piedad. Estos viejos secesionistas pasmados son como esos tallistas que agarran un palito de madera y lo esculpen con un cuchillo, pero solo consiguen sacar polvo de hada. Me parece que las ideas de la gente son como el perfume que llevan —se evaporan enseguida y luego hay que volver a perfumarse—, con un no pequeño olorcito a orina asidrada. Una buena sureña que colabora con los yanquis debe aferrarse al código nocturno de su diario. Y ¿sabes qué? También le he tomado gusto a la talla y le estoy haciendo a tu Eliza una muñeca con un trozo de madera de píce. Su cuerpo es como una estrella y utilizaré una vieja manta india para coserle un vestido y tendrá exactamente el mismo aspecto que esa tía senil y tocaya suya que se la hizo.

De vez en cuando detecto cierta astucia en ese huésped en particular y en sus miguitas de fanfarronería, que no son precisamente galantes. Pero es capaz de hacer sonar un silbato con el ojo, lo cual no es moco de pavo. Canta *Antes era feliz pero ahora ya no*. Y se pone a hacer esa cosa de silbar con el ojo.

¡Ja! Me dijo que en su casa todos eran actores,

que una familia de actores no solo era la mejor estrategia para el futuro de las artes dramáticas en este país, sino que, además, algún día, ¡sería su mejor tema!, a lo que yo fruncí el ceño. Luego dijo que en realidad no, que algunos de sus parientes eran de hecho políticos que se comportaban como actores, y que a uno lo enviaron a un barco prisión, aunque un hermano suyo, Ned, se codeaba ahora con la alta sociedad. Procuré quitarle el ceño a mi mente y liberar el ceño fruncido que me notaba en la cara para fingir sorpresa. Luego me explicó la verdad: se había tirado años en el circo, después de haberse dedicado al contrabando de quinina para los secesionistas. ¡Ja, otra vez!

—¿La desconcierto? —me pregunta con su pícaro atractivo.

—No —contesto yo—. La desilusión nunca me tomará desprevenida.

—Pues quizá sea una pena —dice. Y se le queda una cara de gallo desplumado.

—Es un decir.

—Lo entiendo —me dice él.

Asegura que poseo una belleza interior.

—Ojalá me saliera de dentro —repliqué—. Es bueno que las cosas afloren a la superficie. —Entre los papeles que tiene arriba en su cuarto, he visto cartas de admiradoras tuyas, de las que ha raspado las firmas con una cuchilla. Una muy caballerosa mutilación, supongo, para proteger la intimidad de las interesadas.

En fin, Lucifer mismo era todo un caballero: es de suponer que necesitaba buenos modales para moverse por el mundo.

A mi huésped le gusta rimar *de nuevo y trueno*. No le encuentro ningún sentido. Aun así, su compañía me alegra más de lo que me conviene. Por eso está a pensión completa a precio de amigo, y tiene mi mejor habitación, la cama de metal con la colcha de lágrimas de Job, la bañera forrada de madera, y la ventana con solo un cuarterón de papel; el resto son ambrotipos de jóvenes mutilados que encontré tirados en la calle, delante de la casa de un cirujano de guerra que se había retirado. Encajan perfectamente entre los parteluces de la ventana. Cuando la luz dadora de vida brilla a través de esos cristales, en rosa y gris, se te parte el corazón.

La caridad, como solía decir nuestra madre, es más virtuosa que el amor, y en algunas lenguas lo mismo. El deseo, por supuesto, en mi caso lo ha espantado el Señor. Aunque a veces pienso que lo veo, andrajoso, entre los adoquines cubiertos de musgo, como un niño que ataja por los jardines de los vecinos porque llega tarde a la escuela. Ves algo que pasa flechado entre los gomeros y las pacanas que han revivido después del frío sofocante del invierno. Ah, sí, le digo a esa cosa que pasa flechada, a la pelusita de un diente de león o a la nube de un algodoncito: yo me acuerdo de ti, más o menos.

Ahora, mientras te escribo, una lluvia furiosa ha empezado a caer sobre el tejado. Los búhos del jardín lo pasarán mal, pues necesitan alas secas para volar. Cielo, le he enviado a tu Harry una carta de felicitación por su cumpleaños y un billete de dólar confederado en cuyo anverso aparece la guapura de Lucy Pickens. He oído que la señora Pickens estaba loca como un perro rabioso y era presumida como un gato remilgado, pero en estos pagos aceptamos todo tipo de moneda y de mentalidad. Si no encuentra ningún banco ahí arriba que le acepte el billete, tendrá que guardarlo en un álbum. Nunca se sabe qué puede convertirse en una pieza de coleccionista; quiero que labren esas palabras en mi lápida. También: «Deja descansar aquí a tu caballo y tu calesa», eso para las visitas, porque no habrá caballerizo junto a mi tumba. También: «¡Para el carro!», si a lo mejor no estoy tan preparada como espero. También le he mandado a Harry unas monedas rebeldes para que le hagan unos gemelos a martillazos.

Aunque son preferibles los billetes de la Unión, a mis huéspedes les sigo cobrando en cualquier cosa que me acepten en la caja de ahorros, incluso la nueva moneda canadiense que ha empezado a circular, aunque preferiría un cinturón indio o una piel de castor, y no tengo inconveniente en aceptar joyas, porque a los exsoldados de la Unión, y a cualquier que se las dé de lo mismo, les están tacaneando la paga. Acepto lingotes de plata o

botones de *strass* o caracolas grandes si son bonitas y se puede oír el mar. Con todo se puede comerciar en algún sitio, porque nosotros vivimos olvidados en algún rincón del principio del final del principio. En realidad, no sé qué quiero decir con «nosotros». Pero sí parece que a este sitio se le concedió un momento en la historia y luego, cuando tuvo que aferrarse a él, le entró el miedo y se volvió impulsivo. Una embestida inútil. Incluso pecaminosa. Una buena sureña, si está con la Unión, se ciñe a su diario. Ya te lo he dicho.

De vez en cuando, el río se sale de madre como si quisiera decirnos que tenemos que sacrificarnos una vez más antes de volver a empezar. Por suerte, mi casa está en una colina, muy por encima de la Carretera Hundida del Sur, un sitio mejor desde el que fingir que puedo verte. ¿Y por qué digo que es fingir? Porque a veces sé que eso es lo que hago. Estoy aquí contigo, siempre a tu lado. El medio de transporte, todavía por concretar. Cuando las nubes se arremolinan y jaspean el cielo de la noche como si fueran grasa de carne, los antimacasares en la cuerda de tender, que no he recogido, se levantan con el viento y son mi firmamento con grecas y todas mis estrellas. Miro a través de ellos y luego levanto la vista a los árboles, que labran el horizonte como un serrucho. Observa a través de los antimacasares, hermana mía.

En la ollería alguien se puso a hablar de una vecina que se ha convertido en una ermitaña vieja

y amargada y me dio por decir que ese era el destino que me esperaba, pero nadie tuvo el detalle de dar un paso al frente y decirme lo equivocada que estaba. Se limitaron a darme la razón con miradas entusiastas. Mucho me temo que me habrán visto murmurar sola por la calle. Una vez, me vendé una quemadura en el brazo y luego, mientras caminaba por el pueblo, empecé a atizarme el vendaje, pensando que era una polilla enorme que se me había enrollado al cuerpo. Tendría que vestirme con un guardapolvo y una de esas pamelas que tan de moda se han puesto. Debería aprender a cultivar plantas ornamentales con guano. Cuando tengo mis citas con el pastor, el té de los sábados que celebramos en la salita de delante, me da la impresión de que es la única alma en este mundo que se empeña en infundirme algo de alegría. «¿A qué viene tanta amargura?», me pregunta el pastor. Y yo le contesto, grosera, porque no aparto la vista de la colcha que estoy cosiendo en bloques de nueve retales: «No sé usted, señor, pero a mí no me gusta perderme por andurriales, aunque sí hay algo que *siento* en carne propia: no entiendo la vida, lo que debemos esperar de ella. Me quedo muda, perpleja, petrificada. Sin embargo, otras veces me doy cuenta, pese a todo, de lo afortunada que soy. ¡Es desconcertante! ¿Quién puede saberlo?». Y el pastor mira de soslayo el suelo y se ríe entre dientes como si una vez más hubiera logrado la hazaña inútil de ser más lista que un hombre de

Dios jugando a las cartas. Pero soy yo quien se queda con las manos vacías. Soy el *muerto*, una palabra que he aprendido de ese huésped tan galante que me ha enseñado un juego de cartas de la India, Canadá o Australia. Ha estado en todas partes. Soy el compañero del declarante, dice Jack, el huésped, guiñándome el ojo, porque básicamente también se sabe el juego —yo prefiero el *whist* o el faro—, y a mí me toca decir «¿Y ahora qué hago yo?». Que es una frase que sirve para todo. Pero también hace que me pregunte por las otras visitas que tiene el pastor. Deben de ser aburridísimas, copadas de gente enferma y detestable, porque de lo contrario no se quedaría tanto rato conmigo y con mi parálisis espiritual. Por la tarde, el pastor remueve el té y finge que lee las hojas. «Dios tiene planes para usted.»

«Fregar los platos», replico yo, porque ya estoy harta de los planes de Dios. Una vez, el apuesto huésped pasó por mi lado vestido con una capa de terciopelo, caminando ligero, porque salía a dar uno de sus paseos, y se tocó el sombrero de ala ancha para saludarnos, mientras el pastor estaba allí conmigo, en la salita de invitados, pero casi ni nos miramos. Otro día, el huésped, con un gabán azul como la sangre de cangrejo, salió volando y yo le dije al pastor: «Es un fantoche».

Y otras veces, si el huésped nos mira con cara de disgusto, le digo al pastor: «Es católico». Pero cuando no tengo nada que decir en absoluto, los

tres, benevolentes y sin necesidad de palabras, parecemos entenderlo todo y por un instante hay gracia en la vida. A diferencia de esos momentos en los que el huésped camina tranquilo, me encuentra a solas en la salita y hace girar el bastón en el aire mirándome y luego me dispara con él como si fuera una escopeta.

Se creen que no sé quiénes son. Pero como dueña de esta casa, a veces tengo una idea bastante precisa de cómo funcionan las cosas.

¡Cómo te extraño! El otro día me acordé de cuando metíamos la mano en la bolsa de los fósforos y chupábamos los usados, sacándoles todo el jugo, con ese antojo de minerales que nos entraba, y luego nos hacíamos la raya en los ojos con las puntas tiznadas. Lo he vuelto a hacer solo por el gusto de ver cómo me quedaría hoy, y lo único que puedo decirte es que a este pueblo no le hace ninguna falta seguir acumulando Cleopatras de imitación. Aunque estaría muy guapa con una gran serpiente colgada sobre el pecho. Fulminada por la sierpe cabeza de cobre, no hace falta decir más. Cada cosa dice cada cosa y todo lo dice todo.

He llegado a tal punto de agotamiento con el trabajo de la pensión que esto ha perdido su chispa. Casi todos los fines de semana y feriados la casa se convierte en la batalla de Cold Harbor, una masacre, y los huéspedes tienen que buscarse otro sitio donde comer, normalmente en esta misma calle, en Wilmer's. Y aunque Ofelia sigue pasán-

dose a dar una mano con la ropa sucia, y tira el agua a la tinaja que hay en la calle para que las ardillas encuentren la muerte intentando saciar su sed, y luego trae agua limpia del pozo y la calienta en la cocina, nunca es bastante. Los lunes, pese a que el apuesto huésped me pida pato asado (esos perdigones son muy capaces de romperte un diente), Ofelia pone una cabeza de ternera o un hueso de jamón en una olla y lo deja hervir a fuego lento después de añadir una lata de nabos, todas las cáscaras que encuentra de las mazorcas que han sobrado o que son inservibles y una lata antediluviana de maníes. Para completar el ágape, tenemos un bizcocho de boniato, un pastel de requesón y una col del puesto del señor Stanley Woo. Una vez al mes, Ofelia nos cocina unas repulsivas tripas de cerdo de las que nos alimentamos durante varios días. Para el desayuno, agarro una banana y, en el centro de cada plato de gachas, coloco una sola rodaja para que mis huéspedes puedan mirar esa carita de hombre de la luna. El suelo se pone hecho una desastre y el pan de maíz se pone rancio, perfecto para hacer sopas. No me atrevo a decirte qué hago con las ardillas (bueno sí: las ahogo con un artilugio parecido a una hamaca que las sumerge en una bañera llena de agua —con un pato es más difícil— y luego las espachurro si no se han ahogado del todo), pero por lo menos esos estofados no vienen con perdigones. Quizá un poco de espumita, pero no tanta como para que se note, a

menos, tal vez, que uno sienta de sopetón que tiene la conciencia un poco más tranquila.

Pero aquí, en la Carretera Hundida del Sur, todo es agotador. Es quitar una telaraña y que te aparezca otra, enorme y pavorosa como la mano de un hada. Las polillas de la harina entran y salen revoloteando de los armarios y yo las dejo a su aire. No tengo muy dominado el reloj del abuelo y a veces me gustaría ver a un abuelo de verdad, de pie en la pared, antes que esa esfera mecánica girando como un demonio enloquecido sin dignarse decirte cómo se las arregla para hacer lo que hace. Los viejos, en cambio, te lo cuentan todo.

Cuando vuelvo a los sitios de antaño, ya no queda nada, como si me lo hubiera inventado todo. Es como si la vida no fuera más que un sueño que se deja enfriar en el alféizar, como un pastel, para que luego te la roben. Es en esos momentos cuando agarro una silla, me siento, te imagino y me pregunto qué dirías. La evocación es un dolor de oído, cabría decirse. Aunque supongo que yo también soy una persona peculiar: taciturna, remilgada, no tan cristiana como aparento, y antimadamesca, como ha comentado el galante caballero. Muchos de mis huéspedes —los tahúres y los magos, los forajidos, los judíos y los indios shawnee— están fascinados con la nueva cultura: electricidad, vías férreas, aeróstatos y el desierto del oeste que todavía se saca de la manga fiebres del oro y de la plata, oro y plata, quizá para obsequiarnos con más fotografías de soldados

y guerras, haciendo que todo el mundo se largue con viento fresco en un arrebato juvenil en pos de algún paraje que lleve en el nombre un Dust, un Butte o un Scratch, dando alaridos y cantando, cargando auestas con sus antiguos y agonizantes corazones, siempre yendo todos más lejos de lo que deberían. El «¡Vamos al Oeste!» del soldado desengañado. Han puesto una plataforma de madera en la orilla de la calle mayor que les va que ni pintada para hacer el viaje (o, en todo caso, para alejarse tres manzanas de esta casa). El tufo a ajetreo absurdo se huele a la legua. Ayer vi a una marrana crédula, enorme, trotando por la calle, saltando las roderas de las carretas, como si hubiera oído algún rumor sobre qué sé yo y hubiera devorado a sus lechones para poder investigar a su antojo. Aunque lo más probable es que haya terminado poniéndose las botas con el cadáver de algún muchacho olvidado en un campo después de la lluvia, perdido en el culo del mundo. Los cerdos de los granjeros todavía desentierran cuerpos de soldados. Ni siquiera hay que estar cerca de un campo de batalla. Algunos de esos muchachos eran desertores o cobardes que se quedaban rezagados y todos tenían hambre, a todos les dispararon, y ahora, al cabo de los años, se los busca para convertir sus restos en alimento para el ganado.

En cuanto al «¡Vamos al Oeste!», muchos de esos pueblos seguramente no echarán raíces. Un lugar animado puede convertirse en un callejón sin salida incluso para una marrana crédula que huye

de las tripas que nos cocina Ofelia. ¡Pero a una criatura empecinada no hay forma humana de redimirla de sus servidumbres! Y mucho menos a esos hombres misteriosos de pelo cano, con sus secretos y sus collares de oro, dispuestos a apoquinar lo que haga falta para que un dentista les arranque todos los dientes en cuanto oyen hablar de un El Dorado donde sea, en Dimmit River, en Turkey Miller's Plum o en cualquier andurrial parecido. Todo amenaza con convertirse en un limbo cuando empiezan a circular rumores y augurios de otros paraísos. Algunos de esos caballeros se han convertido en espectadores estacionarios, pues embridaron sus impacientes movimientos hace ya algún tiempo y dejaron de pedir opinión a sus corazones. Aunque a los corazones ya no se les consulta casi nada, y se los atormenta y arrastra, crispados.

En fin, preciosa, hay que abrirse paso entre la pena y la amargura, y luego, cuando te pares a mirar un poco, ¡ahí estará la vida!, un mar cerrado en una región interior, con el mundo listo una vez más para rebozarte con sus fósiles y verrugas y otras antiguallas que nadie quiere ni regaladas. En lo que a mí respecta, estoy irreconciliada prácticamente con todo.

Pero todo irá bien si el riachuelo no se sale de madre.

Siempre tuya,

Eliz